

Portadores de nuestro legado Semanasantero



De nuevo Daimiel y sus gentes, unidos a toda la cristiandad, se preparan para celebrar el misterio de nuestra redención: La Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo; roca firme y pilar seguro donde se asienta toda nuestra fe.

Nuestras madres y esposas, con esmero sacan ya túnicas y capillos del arca, repasan la botonadura de nuestras indumentaria nazarena que el pasado año no terminaba de sentarnos del todo bien, para que sus hijos, esposos e incluso ellas, acompañen a Cristo en su pasión y enjuguen el dolor de su Santísima Madre, no como exteriorización de nuestros sentimientos cofrades, sino como convicción de nuestra vida católica, que tiende a tambalearse en esta sociedad "en crisis", no tanto en el plano económico, sino mucho más, a nivel humano y de valores, a la que todos, unos y otros, hemos arrojado a nuestro siglo XXI, sin darnos cuenta, que éramos nosotros mismos los que nos arrojábamos con ello.

Todos, al ver atravesar el dintel de la Parroquia de San Pedro Apóstol, la majestuosa obra de los Hermanos Rivas, el Domingo de Ramos, y a la que cariñosamente denominamos "la Borriquilla", hacemos gala de nuestra tradición cofrade, y nos llena de orgullo el ser portadores de la herencia de nuestros antepasados, que allá por la Edad Media, fundaron y crearon lo que hoy son nuestras Cofradías y Hermandades. Pero detengámonos un momento a pensar: ¿lo hicieron con el mismo fin y objetivo que hoy día, nosotros, portadores de su legado y de su fe, dirigimos las juntas directivas de las cofradías y hermandades?. ¿Valió la pena el esfuerzo de aquellos hombres, que con los recursos escasos de su época, supieron agruparse en gremios y asociaciones, para que una vez vivida la auténtica Semana Santa dentro de los templos, realizaran una verdadera catequesis bíblica por nuestras calles y plazas?

Que fácil es acompañar a Cristo por la Jerusalén Daimieleña, en este Domingo de Ramos, recordando que las gentes de entonces, cortaban ramas de olivo y palmas, aclamando a Jesucristo y extendiendo sus mantos, para que pasara el Hijo del Carpintero de Nazaret, mientras que por otro lado, discurrían y pensaban de que forma podrían prenderlo y darle muerte para que no les molestara más. Nosotros, que nos damos golpes en el pecho y que exclamamos: ¡Hosanna al Hijo de David!, ¡Bendito tú que vienes en nombre del Señor!, sujetemos a la vez en nuestras manos la palma del odio, del egoísmo de la rencilla, de la falsedad, e incluso de la "doble cara", para saber discernir cual debemos poner en cada momento y así quedar bien con todos y salir airoso, e incluso me atrevería a decir, hasta "glorioso" de todas las situaciones.

¿Realmente esto es la Semana Santa?, ¿Esto es la vida en Hermandad?, ¿Esto es una Cofradía?.

Los fundadores de nuestras Hermandades fueron mucho más inteligentes que nosotros; pues unidos en la devoción a nuestros Sagrados Titulares, fueron capaces de unir esfuerzos, pensamientos, ideologías y carismas, sin perder la identidad de cada una de ellas. No creo que los que en la actualidad nos llamamos cofrades, y que nos rasgamos las vestiduras por el color de nuestra Hermandad, podamos decir lo mismo.

Todos y cada uno de nosotros, empezamos seguramente nuestro andar cofrade acompañando a Cristo a lomos de una "Borriquilla", en un domingo de ramos de la historia. Pues este año, cuando con júbilo lo aclamemos por nuestras calles y plazas, como Rey de reyes y Señor de señores, pensemos mirando su rostro: Realmente ¿Para qué soy yo cofrade?

Antonio Ortega Utrilla